

1850 á 1862.

Illmo. Sr. Dr. D.

Lázaro de la Garza y Ballesteros.

Trigesimo tercero Arzobispo de Mexico.

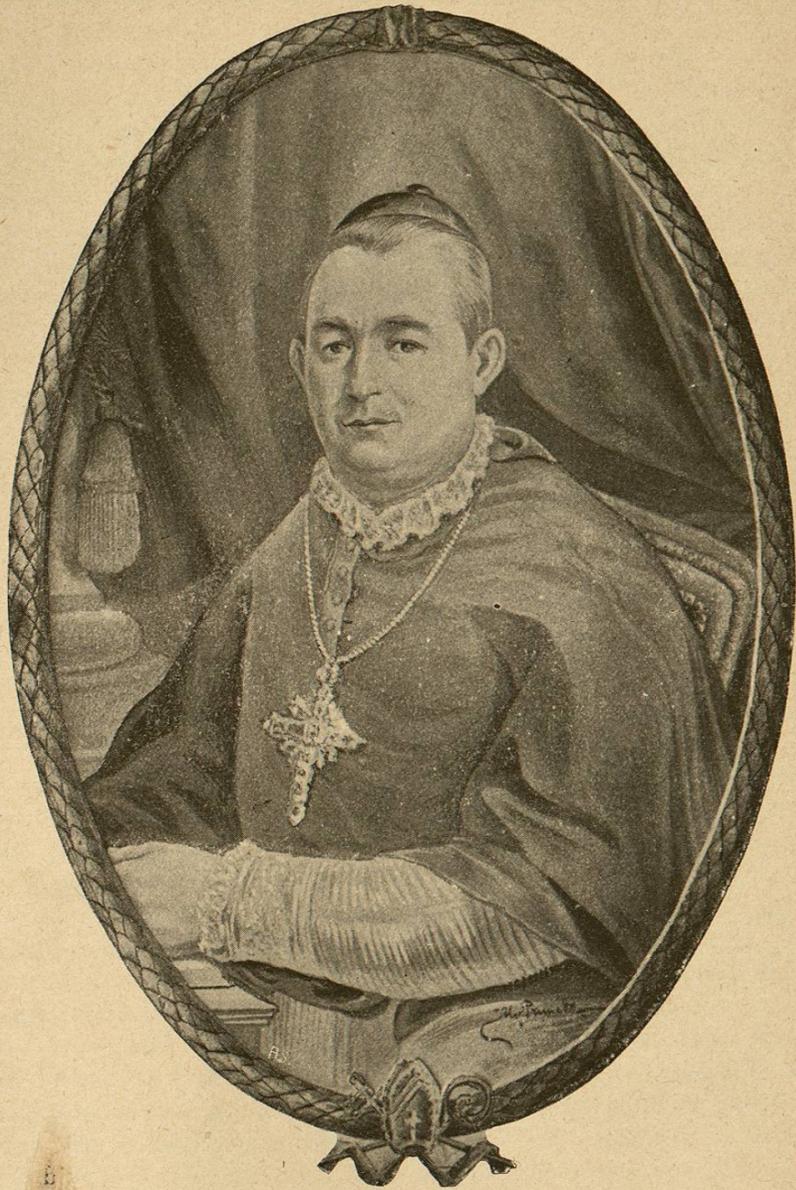
EL Ilmo. señor, cuya biografía vamos á reseñar, tuvo mucho que sufrir á consecuencia de las revueltas políticas que se verificaron en la época de su gobierno, revueltas que revistieron un carácter de más trascendencia, puesto que ellas no tenían otro móvil que hacer la guerra á la Iglesia y que desgraciadamente dió por resultado el laicismo que hoy todo lo domina y la existencia de un gobierno que se desdénia de poner el nombre de Dios al frente de sus leyes y de educar al pueblo en el temor del Creador de todas las cosas, fuente inagotable de sabiduría.

Los prelados que gobernaron la arquidiócesis de México, durante la guerra de Independencia, tuvieron que sufrir grandes amarguras; pero mayores deben haber sido las de aquellos que no sólo lamentaban los resultados funestos de la guerra, sino que vieron nacer leyes que no tenían más objeto que atacar los fueros de la religión y de la Iglesia.

No debe admirar, por tanto, que aún algunos liberales que se dicen imparciales, se expresen con alguna dureza del Sr. de la Garza y Ballesteros, trigésimo tercero Arzobispo de México.

Nació el Sr. Garza y Ballesteros el 17 de Diciembre de 1785 en el pueblo del Pilon, perteneciente al Estado de Nuevo León. Dió principio á sus estudios en el Seminario de Monterrey, donde cursó el latín y la filosofía, mereciendo notables distinciones en esta asignatura.

No era vasto campo para que el Sr. de la Garza luciera sus facultades en aquel establecimiento y por lo mismo vino á México con objeto de continuar sus estudios en el Seminario Tridentino, donde se hizo admirar por su rara inteligencia y vasta erudición, ocupando en todas sus clases el primer lugar y



Illmo. Sr. Dr. D. Lazaro de la Garza.

habiendo tenido el alto honor de sostener un acto de competencia de derecho canónico el año de 1805.

A los cinco años obtuvo la licenciatura y más tarde fué doctorado en cánones. La vocación del Sr. de la Garza era la eclesiástica; los triunfos que había obtenido como seglar, lejos de envanecerle lo hacían pensar en la inestabilidad de las glorias mundanales y en la verdadera gloria que consiste en consagrarse exclusivamente al servicio de Dios.

Vió realizado el logro de sus afanes el año de 1815. Como á nadie se ocultaban sus grandes méritos, en breve tiempo recibió numerosos nombramientos, cumpliendo con todos los deberes inherentes á los cargos que le eran encomendados. Desempeñó los curatos de Tepotzotlán, la Palma, Tecozantla y Sagrario Metropolitano. Fué nombrado vicerrector del Seminario, catedrático de cánones y Secretario del Cabildo de la Metrópoli y no obstante lo laborioso de estos empleos nunca abandonó el magisterio, por el cual sentía una verdadera vocación.

Reconocidas las aptitudes del Sr. de la Garza, fué presentado para Obispo de Sonora, siendo preconizado en Roma el año de 1837. Era demasiado humilde el nuevo prelado y se consideraba indigno de tal dignidad; pero triunfó el cumplimiento del deber, por lo cual se vió obligado á aceptar. Así, pues, fué consagrado en el mismo año, nombrando el Colegio de Abogados una comisión que le apadrinase.

Su gobierno en la diócesis de Sonora fué verdaderamente notable. Este obispado había sido erigido recientemente y sus recursos eran escasísimos. No tenía cabildo ni seminario; los templos no presentaban el decoro que corresponde á la casa de Dios; una pequeña pensión asignada por el Gobierno y casi siempre recibida con retardo, era la única de que se disponía para sufragar los gastos de la diócesis, observándose en toda ella suma frialdad para todo aquello que se relacionaba con el culto divino.

El Sr. de la Garza poseía una voluntad de hierro y la fé con la cual se transportan las montañas; no se arredró ante las dificultades que se le presentaban, antes bien, confiando en la Providencia que viste y alimenta á las aves, no descansó por levantar su diócesis á la altura que le correspondía, trabajando constantemente para lograrlo.

Como hemos dicho antes, sirvió en distintos curatos y en ellos comenzó á poner en práctica este don especial. Hacía tiempo que en Tepotzotlán había construído, sin contar con grandes elementos, un gran panteón. En Sonora tuvo que aguzar más su inteligencia para llevar á cabo las obras que se proponía ejecutar, pues los elementos con que ahí contaba, eran menores que en Tepotzotlán y en cambio mayores las exigencias de aquella diócesis.

Una de sus primeras obras fué la creación del Seminario que tan necesario era para la formación de sacerdotes, los cuales más tarde lo ayudarían á apacentar su rebaño. Al principio, aquel plantel no contó con edificio propio, sino que gracias á la caridad de uno de los vecinos de aquel lugar, pudo adquirir una casa que él facilitó con una renta moderada y el profesorado que en su totalidad estaba constituido por sacerdotes del Seminario de México, se prestó á dar las clases sin estipendio alguno.

Más tarde convirtióse el Ilustrísimo señor Obispo en operario, pues ejercía el oficio de arquitecto, dirigiendo personalmente las obras y trazando planos del